
La justificación de las normas de conducta en la ética de mercado en F.A. Hayek

The Justification of Rules of Conduct in the Market Ethics of F.A. Hayek

RECIBIDO: 10 DE FEBRERO DE 2012 / ACEPTADO: 8 DE MAYO DE 2012

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

Profesora de Antropología filosófica en el Centro
Universitario Villanueva
pmolero@villanueva.edu

Resumen: Hayek es un referente en el pensamiento económico y político actual. Aunque no se esté de acuerdo con sus presupuestos suele ser una referencia constante, pues es uno de los pocos autores que intenta una justificación ética del libre mercado. En este artículo se analiza críticamente su pensamiento en lo que al concepto de justicia social, ética de mercado y normas abstractas de conducta se refiere, y se llega a la conclusión de que por ser estas normas de conducta de escaso contenido, algo más bien aparentemente formal, la búsqueda de la justicia social en el mercado resulta un espejismo, y es irrelevante proponerse otro fin ajeno a uno mismo.

Palabras clave: Hayek, Orden espontáneo, Justicia, Normas abstractas, Catalaxia, Feed-back, Evolución cultural, Ética.

Abstract: Hayek is a point of reference in the current economic thought. Although you are not in agreement with him, he is usually a constant reference because he is one of the few to try an ethical justification in the free market. In this paper I analyze critically his concept of social justice, the ethics of the market and the abstract rules of conduct and I conclude that, in his market game, these rules are seemingly formal and the search of the social justice is a mirage and it's irrelevant to propose another end strange to oneself.

Keywords: Hayek, Spontaneous order, Justice, Abstract rules, Catalaxia, Feed-back, Cultural evolution, Ethics.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

I. INTRODUCCIÓN

Hayek ha sido una de las figuras intelectuales más importantes del siglo pasado. Filósofo multidisciplinar, pensador liberal y Premio Nobel de Economía, escribió una amplísima obra que es cada vez más conocida y está teniendo gran influencia en los más variados ámbitos. Tanto es así que algunos han calificado estos últimos años como la “era de Hayek” en la historia del pensamiento económico, político y social¹.

Hayek siempre quiso mantenerse al margen de la actividad política. Es más, consideraba el papel del intelectual incompatible con el quehacer político. Por eso sostenía que, a la larga, serían mucho más productivos los esfuerzos dirigidos a convencer a los intelectuales o a cambiar el estado de la opinión pública. Creó la sociedad liberal *Mont Pèlerin* y disuadió a Anthony Fisher de entrar en política convenciéndole para crear el *Institute of Economics Affairs* y la *Atlas Research Foundation*. De modo que sin sus iniciativas estratégicas no cabe concebir que se hubiera producido el cambio en la opinión pública y en el ámbito intelectual que llevó a la revolución liberal-conservadora, que tuvo lugar en los EE.UU. de Reagan y en la Inglaterra de Margaret Thatcher, y que tanta influencia ha tenido y sigue teniendo aún en nuestros días en todo el mundo².

Su concepción del hombre, de la ética y por tanto de la justicia social, gira alrededor de la “evolución cultural”, en la que funda su visión de la naturaleza y el significado de los valores morales. Defiende, como consecuencia de este planteamiento, que en el orden del libre mercado y en una sociedad libre se deben respetar las normas de “justa conducta”, que son las que permiten el desarrollo de ese mercado al otorgar validez y sentido a algunas de las acciones de los individuos, aunque estén en aparente contradicción con la sociedad vista como un todo. Si tiene que ser respetada la evolución gradual de la moral, también tendrá que serlo el libre mercado, puesto que es fruto de la misma evolución³.

Para Hayek, la justicia social enfrenta al hombre a una tensión entre unos instintos tribales y unas normas “aprendidas”. Dentro de su idea de economía

¹ Las obras de Hayek se citan aquí con las iniciales de sus títulos en inglés. CL: *The Constitution of Liberty*; RO: *Rules and Order*; MSJ: *The Mirage of Social Justice*; POF: *The Political Order of a Free People*; NS: *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*; IEO: *Individualism and Economic Order*.

² Véase Huerta de Soto, J. (2006).

³ Véase Caldwell, B. (2004), p. 295.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

de mercado, considera la búsqueda de beneficio privado como un servicio a la sociedad y a todos sus miembros. Pero los mismos hechos han demostrado que dejar hacer a la actividad del mercado no produce el bienestar de todos, sino un aumento importante de riqueza acompañado de una desigual distribución. La economía debe proponerse estar al servicio de todo el hombre, del hombre integral, sin distinción de raza y continente, no al servicio de aquellos a quienes les sonrió mejor el libre juego de mercado. No es este el planteamiento de Hayek.

En estas líneas se analiza críticamente su pensamiento y su justificación de unas normas de conducta, un código ético podríamos decir, que tienen escaso contenido porque son algo aparentemente formal. Por el modo en que justifica las normas de conducta, la búsqueda de la justicia social resulta un espejismo y es irrelevante proponerse otro fin ajeno a uno mismo.

II. LA GRAN SOCIEDAD: ORDEN ESPONTÁNEO DE NORMAS ABSTRACTAS

El concepto que subyace a su teoría social es precisamente el de orden espontáneo. De hecho, aquélla empieza con el descubrimiento de que existen estructuras ordenadas que son producto de la acción de algunos hombres, pero no el resultado de su humana deliberación. Esto, como iremos viendo, tiene su importancia, porque está en la base de su crítica de la justicia social. Se verá cómo concibe la justicia en un orden social espontáneo y cómo de su ideal social de vivir en armonía termina deduciendo un concepto de justicia que se limita a los actos de comportamiento individual que hacen referencia al fuero externo y a terceros⁴.

Vivimos en sociedad y al mismo tiempo pretendemos cubrir nuestras necesidades por medio de la cooperación de los demás miembros de nuestra comunidad. El logro de nuestros propósitos dependerá de la coincidencia de nuestras expectativas con la realidad que nos circunda. Esta coincidencia refleja la existencia de un orden social; el problema es descubrir cómo surge, ya que a menudo el mismo término de orden social nos hace intuir cierta connotación autoritaria, de mando y obediencia, cuando no tiene por qué ser

⁴ RO, p. 37: "Diversos son los términos que cabe utilizar para describir cada una de las clases de orden. El orden creado, que denominamos exógeno u ordenación, puede también ser calificado como estructura o construcción, orden artificial u organización, término este último especialmente adecuado cuando se trata de un orden social dirigido. Por su parte, el orden autógeno o endógeno queda debidamente especificado mediante la expresión orden espontáneo".

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

exactamente así, sólo en el supuesto de que tal orden haya sido creado por fuerzas exógenas, ajenas al sistema. Para Hayek, no es aplicable una connotación de este tipo en un orden como el del mercado o la Gran Sociedad –ideal social para él–, cuya ordenación es endógena o interna.

La sociedad actual tiene que ser necesariamente, para Hayek, un orden espontáneo; si se volviera organización la libertad individual dejaría de existir, ya que en un orden creado, donde se dan fines concretos para necesidades concretas por todos conocidas, tiende a disminuir enormemente la libertad de decisión, que es una de las características principales de nuestra sociedad, y su finalidad sería reemplazada por un orden en el que los fines comunes son impuestos a todos y los individuales están ordenados en una jerarquía para conseguirlos⁵.

En definitiva, cuando Hayek define nuestra sociedad actual como orden espontáneo, lo que está queriendo decir es que, aunque en un principio en las sociedades primitivas pudo haber un orden generado por una deliberación humana, ha habido una evolución hacia órdenes más complejos cuyas consecuencias no se pueden prever por completo ni totalmente, pero que han dado origen a la sociedad libre de mercado.

La situación actual es completamente distinta a la de las sociedades primitivas: en ella se entrecruza la actividad de millones de seres. Aunque se ha prestado gran atención al trabajo y a su división, la atención no se centra tanto en nuestro conocimiento y en el hecho de que cada uno de los miembros de nuestra sociedad dispone sólo de una parte de los conocimientos totales. Cada uno de ellos –lógicamente teniendo en cuenta esta fragmentación cognoscitiva– ignora la mayor parte de los hechos sobre los que se basa el funcionamiento del conjunto social. De ahí Hayek deduce que en una sociedad de tipo espontáneo hay varios centros de atención y, por tanto, no habrá un fin único sino una pluralidad de fines independientes; en una organización, en cambio, podrá haber un mismo fin para todos sus miembros.

Tal vez no se entienda esta relación entre el concepto de orden espontáneo y nuestra ignorancia. Para Hayek es la sociedad la que determina el alcance y las posibilidades de los fines y valores humanos. La mente humana, debido a su ignorancia, no puede prever sus propios progresos. Aunque tenemos que tener en cuenta el logro de nuestros objetivos, en presente, no se pueden perder de vista las nuevas experiencias y los futuros sucesos que afectarán a nuestros objetivos, de tal forma que no sabemos cuál de ellos se alcanzará.

⁵ Véase Hoy, C.M. (1984), pp. 31-34.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

El problema es aquí de qué modo puede aprovechar cada uno ese conocimiento que existe en la sociedad de modo disperso, e incluso en ocasiones, de forma contraria a las creencias de otros individuos de la misma comunidad. Pues bien, para Hayek es precisamente el orden espontáneo el que nos permite el aprovechamiento del conocimiento que individualmente no poseemos, porque cada uno, al utilizar su particular conocimiento, ayuda a otros individuos desconocidos⁶.

Es el juego de la “catalaxia”, uno de los atributos propios de un orden espontáneo que permite un sistema de mercado libre y que ofrece una gran cantidad de beneficios a sus miembros⁷. Hayek usa el término “cataláctica” derivándolo del vocablo griego *katallattein* o *katallassein*, que significa no sólo intercambiar sino también admitir en comunidad e incluso –y en este sentido lo usa preferentemente– “hacerse amigo del enemigo”.

Se trata de un juego en su definición más estricta, ya que gana el que ha tenido más suerte, no necesariamente quien mejor se sabía las reglas. Por otro lado, el esfuerzo que cada uno de los participantes hace se traduce en un conjunto de situaciones que facilitarían la satisfacción de sus necesidades, pero que sólo llegan a su conocimiento indirectamente a través de su reflejo en los precios de factores de producción.

El orden de mercado no sirve a una sola escala de fines, es una red de economía entrelazada, un proceso. El mercado sirve a una multiplicidad de objetivos que son diversos entre sí y que corresponden a todos y cada uno de los miembros que integran ese sistema. El orden espontáneo, que tan eficazmente potencia la capacidad individual, no es fruto exclusivo del nacimiento de instituciones, sino más bien resultado de un proceso evolutivo por medio del cual prevalecieron comportamientos adoptados por distintas razones, o surgidos incluso de modo accidental, porque aseguraban la primacía de aquellos grupos en cuyo seno nacieron. Este medio –con una serie de normas y prácticas que han ido prevaleciendo con el paso de generaciones– es lo que el hombre hereda y lo que constituye su medio cultural⁸.

⁶ Aunque no es el objeto de estas líneas, éste es uno de los aspectos que han hecho tan influyente la filosofía económica de Hayek. En la sociedad actual, que se caracteriza por ser una sociedad del conocimiento, Hayek postula un modo de aprovechar, en economía, el cúmulo de información dispersa en la sociedad ya a escala planetaria. Véase Boettke, P.J. (2006), pp. 51-66.

⁷ MSJ, p. 115: “Concebir la manera de operar del mercado como un juego que podríamos denominar de la ‘catalaxia’ es desde luego el método más adecuado para ilustrar que tal sistema no sólo conduce a la creación de un orden, sino que incrementa también en gran medida las satisfacciones que, a manera de recompensa, van recibiendo las gentes como retribución al trabajo realizado”.

⁸ Véase RO, p. 18 y ss.

El comportamiento humano en sociedad se ajusta a ciertas regularidades, y éstas suponen determinadas normas. Estas normas que condicionan el comportamiento individual integran *nomos*, es decir, integran comportamientos humanos a lo largo del tiempo, esencial en una Sociedad Abierta. La condición que resulta imprescindible para que llegue a establecerse un orden general, sigue diciendo Hayek, es que se produzca el acatamiento del conjunto de normas con independencia del procedimiento por el que han entrado en vigor.

Para saber si estas normas son arbitrarias –y por tanto coercitivas o limitadoras de la libertad– hay que ver cómo han surgido. Si son el resultado de un proceso espontáneo, si son el producto de la adaptación humana a las circunstancias cambiantes, si no son el producto de un mandato humano que quiere dirigir la sociedad hacia un propósito determinado, entonces no son arbitrarias y, por tanto, no invadirán el terreno de la libertad individual. Es decir, las normas no infringen la libertad cuando emergen de un proceso social. Sin embargo, hoy en día, se sigue sin advertir que el alto grado de especialización que la dispersión de la comunicación ha establecido sólo se puede dar si se encuentran señales de tipo impersonal en el juego de mercado, en virtud de las cuales cada uno sabe lo que ha de hacer en orden a adaptar su conducta a determinadas realidades acerca de las cuales se carece de información directa.

Hayek denomina normas de conducta o de recto comportamiento a aquellas normas que contribuyen al mantenimiento del orden espontáneo. No tienen fin concreto, su fin es permitir los fines individuales evitando los conflictos⁹. Para él hay dos esferas claras en las que la autoridad ha tenido que intervenir y ha repercutido en el proceso de articulación de las normas: por un lado, para enseñar a imponer las normas de conducta que se consideran vigentes y, por otro, para dar órdenes encaminadas a plasmar determinados fines concretos. El proceso de articulación de lo que llevaba mucho tiempo como práctica general fue lento y complejo.

Afirma que no se puede dar a las normas de recto comportamiento o conducta una esencia natural, pero ello no significa que se elijan a capricho, como si no tuvieran carácter objetivo. Según Hayek, tienen carácter objetivo porque son independientes del comportamiento de individuos concretos aunque no apele a un orden eterno o a la naturaleza del ser humano.

⁹ POFP, p. 18: “Los hechos fundamentales a considerar son, pues, por un lado que, en el ámbito de la Gran Sociedad, sólo sobre la base de principios generales cabe establecer opiniones que gocen de carácter verdaderamente mayoritario; y por otro lado, que la mayoría sólo puede ejercer algún grado de control sobre los resultados del proceso del mercado en la medida en que se limite a establecer principios y desista de pretender alterar los resultados, aún en el caso de que éstos no coincidan con sus deseos”.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

Además de su carácter abstracto, también gozan de consistencia y compatibilidad. Consistencia implica que todas las normas deben estar al servicio del mismo orden abstracto y que todas deben contribuir a evitar que surjan conflictos entre quienes están sometidos a ellas. El que dos o más sean compatibles depende de distintas circunstancias, pudiendo las mismas normas resolver los conflictos en unos casos y en otros no. Aparentemente algunas de ellas pueden parecer incompatibles, pero no lo son si se establece una relación jerárquica que permite saber cuál de ellas debe prevalecer. “La naturaleza no puede ser justa o injusta (...) no tiene sentido calificar así una realidad a no ser que admitamos que alguien podría haber hecho que las cosas acontecieran de modo distinto”¹⁰.

Las normas que gobiernan el trabajo de la sociedad y que permiten su supervivencia son normas de justicia. En general no tenemos conciencia de cómo estas normas sociales nos capacitan para superar los problemas que nacen de las circunstancias humanas. Para Hayek el problema principal es saber cómo actuar en un medio complejo cuando sólo podemos comprender una parte de él. La justicia la deducirá de ahí, de nuestra falta de certeza y nuestra ignorancia, que obligan a recurrir a normas abstractas para mantener en pacífica armonía el orden espontáneo. Como todas las abstracciones, la justicia tiene que ser una adaptación de nuestra ignorancia acerca de hechos particulares; ignorancia que ningún proceso científico podrá eliminar completamente.

Sólo suscitan problemas de justicia aquellos aspectos del comportamiento humano que son susceptibles de quedar sometidos a normas de recta conducta. Como consecuencia, si no cabe considerar justo o moral lo que no es fruto de una decisión humana, el desear que algo lo sea no autoriza a someter bajo control una realidad determinada. Se puede denominar justo a un estado de cosas que deriva del comportamiento justo –o al menos no injusto– de aquéllos que lo han llevado a cabo. Pero no es posible hacerlo cuando, como ocurre en el orden espontáneo, el estado de cosas resultante no deriva de ninguna decisión humana y no es la meta propiciada por ningún comportamiento individual. Se puede objetar que en algunos casos será necesario propiciar un estado de cosas que quepa considerar justo, pero en estos casos justo hace referencia al comportamiento, no al resultado. Hablar de justicia es referirse a normas que han sido asumidas colectivamente, y cuya observancia puede ser asumida o prohibida.

¹⁰ MSJ, p. 39.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

La crítica de Hayek al concepto de justicia distributiva o social –que para él son sinónimos– radica precisamente en que no se puede pretender que ésta se dé en un orden espontáneo, donde las normas sólo determinan características generales del orden y por tanto no se pueden aplicar a un estado de hechos sino sólo al comportamiento individual. Los socialismos o constructivismos, como él los llama, suponen que todas las instituciones sociales son o deben ser producto de un designio concreto, por eso para ellos es posible la justicia distributiva. De ahí que dedique parte de su obra a criticarlos¹¹.

La principal función que van a tener las normas de justa conducta es delimitar el área de expectativas legítimas para cada uno de los miembros que forman la sociedad, dándoles un margen de libertad con el que puedan desarrollar su comportamiento. Se podría decir que lo que hacen es decirnos bajo qué condiciones esta o aquella acción es permisible, y puesto que las consecuencias de su aplicación dependen de circunstancias distintas a ellas, nunca se podrá justificar una norma en función de su resultado.

Para Hayek, tanto la libertad como la justicia sólo tienen significado cuando los sujetos se enfrentan a lo desconocido; sólo se puede establecer un control coherente sobre el mercado si estamos dispuestos a ignorar efectos de decisiones tomadas por la autoridad competente. Como hemos visto al hablar del juego de mercado o catalaxia, el juego que se sigue de buscar el orden en una sociedad de libre mercado exige que los resultados individuales dependan, en cierta medida, de la habilidad, pero también en gran medida de una serie de circunstancias imprevisibles. Hay que atender a factores aleatorios que nos hacen afirmar que no siempre el ganador es el que tiene más mérito. Es precisamente nuestra ignorancia de todos y cada uno de los efectos que la aplicación de las normas va a tener lo que lleva a afirmar que es posible la justicia en un orden espontáneo de hombres libres.

Un esquema de justicia coherente exige a veces que se obre sin tener en cuenta circunstancias de hecho conocidas, entre otras cosas, porque el esquema ético está constituido por normas relativas a la conducta individual y nadie, en una sociedad del tipo que Hayek defiende, está capacitado para conocer y asegurar que los efectos de sus acciones sobre los demás van a ser buenos.

Dado que las normas de justa conducta sólo pueden contribuir a asegurar a cada uno unas mayores posibilidades de éxito, favorecen la justicia en la medida en que su aplicación mejora las posibilidades y oportunidades de todos.

¹¹ Véase MSJ, p. 33 y ss.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

En muchos casos el ininterrumpido respeto a estas normas produce efectos que, de ser fruto de la intencionalidad humana, se podrían considerar injustos. Por otra parte, es frecuente que para mantener el orden espontáneo se exija la introducción de cambios sociales, cambios que si hubieran sido deliberados se considerarían también injustos. Sabemos que la justicia va ligada al proceso de adaptación de nuestra ignorancia. Por tanto, en definitiva, hay que constatar que no todos los acontecimientos que nos parecen injustos lo son, porque se trata de inevitables consecuencias de comportamientos justos de quienes han intervenido en el proceso social.

El esquema normativo de justicia puede cambiar tanto por la eliminación de las diferencias existentes entre las normas como por la aplicación de la prueba negativa de universalización, es decir, por la comprobación de que una norma determinada puede tener una aplicación generalizada. Esto no quiere decir, sin embargo, que sea suficiente para justificar la total reforma de dicho esquema. Hay que tener en cuenta que, para Hayek, la sociedad es un orden complejo, pero al fin y al cabo un orden, no un fenómeno de masas.

En este punto Hayek manifiesta una clara influencia de Karl Popper¹², ya que tanto uno como otro defienden que para aproximarnos a la verdad o a la justicia hay que ir eliminando progresivamente lo que es falso e injusto, aunque este proceso nunca nos dará garantías suficientes de la absoluta verdad o justicia. De todo eso se deduce que lo justo no viene determinado por un ejercicio de la voluntad; así, si en algún momento se llega a pensar que algo que a nuestro juicio es justo lo es realmente, esta coincidencia se debe a un planteamiento mental. “Lo justo” depende de la coherencia lógico global del sistema, coherencia que lleva a ajustar una norma con las demás a las que atribuimos validez de igual manera. La cuestión de qué hace a las normas morales objetivas, normativas o válidas, está en estrecha relación. Esta coherencia del sistema le lleva a afirmar que existe un tipo de “inmanente exigencia” que permite que las normas no se creen, se descubran.

La exigencia viene definida por el evolucionismo adaptativo al que está sometida nuestra civilización y por la aplicación del test negativo de justicia que elimina las normas no compatibles con aquéllas cuya validez no se plantea. Las normas que no están encaminadas al logro de una concreta finalidad no pueden prescribir un comportamiento determinado, se limitan a establecer un muro de actuación dentro del cual cada sujeto elige sus fines particulares. Por eso, como hemos visto, las normas de justicia tienen más bien un ca-

¹² Véase Popper, K. (1979), p. 410 y ss. y O'Hear, A. (2006), pp. 132-147.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

rácter negativo, ya que se limitan a prohibir los actos que resulten perjudiciales a otros, lo que sólo puede conseguirse por normas que definen al campo de acción de los individuos o de las organizaciones, dentro del cual la interferencia de terceros quede prohibida o condenada.

Es decir, aunque las normas de justicia en un orden espontáneo se van adoptando por la evolución cultural, según la aceptación de la mayoría, teniendo en cuenta que facilitan la supervivencia del grupo, Hayek quiere evitar que este criterio se considere subjetivo o arbitrario y, así, afirma que además del test de universalización se requiere una inmanente exigencia en las normas que permita descubrirlas o crearlas. Como se ha dicho, inmanencia en Hayek significa coherencia de una norma con todo el sistema. Por otro lado, afirma también que habitualmente los cambios que se han dado en estas normas a lo largo de las distintas generaciones por evolución, están más bien dentro de unos límites, sin transformarlas sustancialmente. Con esto quiere evitar que la evolución a la que están sometidas las normas abstractas de justa conducta dependa de un criterio subjetivo en su evolución.

III. EL ESPEJISMO DE LA JUSTICIA SOCIAL EN LA GRAN SOCIEDAD

Después de haber intentado explicar cómo el actual modelo de civilización que es la Gran Sociedad constituye un orden autogenerado, que no se propone fines y que, por otro lado, respeta la libertad individual para facilitar la iniciativa y el progreso, vamos a intentar abordar más directamente la razón por la que no se puede proponer como objetivo explícitamente buscado ningún tipo de distribución, para concluir con una crítica a la justicia social o distributiva.

En el capítulo V de *New Studies* Hayek da una explicación de lo que él entiende por el término “justicia social” o, más bien, por lo que él entiende que “social” pueda añadir al concepto de “justicia”. Le parece una fórmula vacía de contenido, ya que son las normas individuales de justa conducta las que preservan el orden pacífico de la sociedad. Los individuos deben comportarse tan justamente como les sea posible, pero como los efectos de sus acciones no son previsibles para los demás, no hay un estado de hechos cuya situación pueda calificarse de justa o injusta, sólo puede serlo el comportamiento humano. Afirma también que no ha encontrado ninguna norma de carácter general bajo la que se pueda derivar la justicia social, a excepción de “la misma remuneración por el mismo trabajo”. Por eso puede decir: “El descubrir el significado de lo que es llamado ‘justicia social’ ha sido una de mis principales preocupaciones durante más de 10 años. He fracasado en el empeño, o más

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

bien, he llegado a la conclusión de que, con referencia a la sociedad de hombres libres, la frase no tiene sentido. La búsqueda de la razón sobre por qué la palabra ha dominado a pesar de todo alrededor de un siglo las discusiones políticas y ha sido usada satisfactoriamente en todas partes para mejorar los derechos de grupos particulares (...) permanece, sin embargo, como algo interesante”¹³.

El Estado y los poderes públicos no pueden tratar de equiparar las oportunidades de los miembros que forman una sociedad, ya que es precisamente esta disparidad la que constituye el motor principal del orden de mercado. El que, hoy más que nunca, las posibilidades de cada uno sean tan distintas y dependan de hechos tan accidentales en apariencia, es el fundamento del éxito de la economía. Por eso los servicios suministrados por el Gobierno deben ser siempre de carácter subsidiario en relación con la oferta privada; cualquier otro tipo de intervención estatal es vista como un totalitarismo.

Según E. Butler, en el origen de la idea de justicia social en Hayek se observan tres causas¹⁴:

1. Las circunstancias cambiantes del mercado, que han dejado a algunos en peor situación de la que vivían anteriormente. Aunque aquéllos que han sufrido esas circunstancias tengan la misma opinión acerca de lo que les es debido, toda tendencia a asegurar una renta o ventaja obstaculiza el avance de una sociedad libre, porque lejos de producir armonía produce conflictos entre intereses sectoriales. El producto del proceso del mercado es dinámico, crece continuamente, y toda tentativa de redistribuirlo en cualquier momento desbarata su futuro desarrollo. El aspecto al que con más frecuencia se recurre para expresar la injusta distribución de ingresos en el espontáneo funcionamiento del mercado es el hecho de que son las tareas más ingratas e indeseables las que habitualmente están peor remuneradas¹⁵.

Hayek alude a la “fábula de las abejas” de Mandeville¹⁶. En el complejo orden de la sociedad los resultados de las acciones humanas resultaron ser muy diferentes de lo que los individuos pretendieron. Al mismo tiempo, la persecución de sus propios fines –altruistas o egoístas– produjo resultados útiles

¹³ NS, p. 57.

¹⁴ Véase Butler, E. (1985), p. 86 y ss.

¹⁵ MSJ, p. 92: “pero aquéllos cuyas aptitudes, y también su remuneración, sea más pequeña en el ejercicio de ocupaciones que les resulten más gratas, podrán encontrar, a menudo, que pueden ingresar más de lo que hubieran podido de otro modo en el desempeño de tareas más desagradables que los miembros más afortunados consideran despreciables”.

¹⁶ Véase NS, pp. 249-251.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

para otros que estos individuos no habían previsto, o que quizá ni siquiera conocían. Y, finalmente, alude a que todo el orden social y lo que llamamos cultura ha sido el resultado de esfuerzos individuales que no tuvieron los fines a la vista, pero que fueron canalizados para servir a tales fines por las instituciones, prácticas y normas que nunca fueron deliberadas, pero que crecieron por la supervivencia de lo que había conseguido éxito.

Llega a afirmar Hayek que, para que el juego de mercado mantenga un orden, es inevitable que haya individuos a los que las distintas circunstancias y oportunidades les hayan hecho débiles y pierdan. Una de las consecuencias fundamentales del juego es la existencia de ganadores y perdedores, éstos –por otra parte y como veremos más adelante– no dicen relación directa al mérito moral. La recompensa en Hayek no tiene por qué ir ligada al mérito moral.

2. La envidia, aunque este motivo suele ir camuflado de reformas sociales. No se puede exigir a nadie la entrega de aquello que le pertenece y que se hizo realidad al arriesgar sus recursos. Además, es indudable que la mayoría de quienes se enriquecen contribuyen más al bienestar de sus congéneres con su actividad que si se hubieran limitado a repartir lo superfluo de lo que ya poseían.

3. Una tercera causa es el elevado número de empleados que no entienden el trabajo de mercado. Como muchos sectores laborales consideran arbitraria la estructura erigida por el juego de mercado, vuelven a cobrar vigor los instintos primitivos que habían estado adormecidos durante tanto tiempo. De manera semejante al pensamiento tribal, que atribuía ciertos procesos regulares que se dan en el mercado de forma espontánea a una mente con un proyecto deliberado, ahora se intenta lo mismo haciéndolos susceptibles de una valoración moral.

Los pioneros éticos de la evolución cultural fueron aquellos individuos heroicos que en diferentes tiempos empezaron a quebrantar algunas de las viejas normas y practicar nuevas formas de conducta. Aquellas infracciones al altruismo y solidaridad del grupo –reclamando la propiedad privada o el interés del dinero– se consideraron como caídas del “estado de gracia”. Lógicamente no todos los grupos que adoptaron nuevas normas optaron por éstas, pero aquéllos que sí lo hicieron, por la razón que fuera, llegaron a tener más éxito, lo que llevó a personas de otros grupos a imitarles.

Con este nuevo modo de comportarse, el hombre aprendió a reprimir el instinto moral que impele a buscar y preocuparse por el bienestar de otros y se ocultó en su “nicho particular”. El progreso moral fue posible por las relajaciones en las prohibiciones que se habían ido transmitiendo a través del tiempo: se trata de una evolución de la libertad individual más que de un man-

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

dato de hacer cosas –o dejar de hacerlas. Los socialismos, vistos desde esta perspectiva, con un deseo de mandar a los individuos determinadas acciones económicas para conseguir una distribución justa, son un retroceso¹⁷.

El error fundamental de querer que permanezcan estos instintos atávicos es considerar que tienen en sí algo de eternos. Sin embargo, la postura que Hayek defiende es que los esquemas normativos no son inmutables sino que dependen del mayor o menor éxito alcanzado por quienes los defendieron. De ahí puede deducir la irrelevancia de los sentimientos que estamos viendo, incluso su no-necesidad; tal vez en un momento se necesitaron para el avance social, pero en la economía de mercado que se da en la Gran Sociedad no hace falta proponerlos y resultan irrelevantes, ya que cada uno al buscar sus propios beneficios beneficia, sin saberlo, al resto.

Es verdad que todavía hay obligaciones que son esenciales para la cohesión de pequeños grupos, pero son irreconciliables si se extrapolan con el orden pacífico de una Gran Sociedad de hombres libres. Entre otras, están aquellas que se reclaman bajo el nombre de justicia social y que prefieren que el Gobierno tome por la fuerza –para luego repartirlo– aquello que en el juego de la catálaxia han conseguido quienes han tenido más éxito, éxito entendido como el que ha sabido servir mejor que otros a las necesidades de los consumidores.

La expectativa de remuneración tiene que decir algo más, y no simplemente hacia dónde tiene uno que enfocar sus esfuerzos para que éstos permitan una mayor contribución a la producción total. Para Hayek, ese más que da la expectativa de remuneración, en el orden actual de mercado, es que permite aumentar las oportunidades de todos. Esto es posible porque la remuneración por los servicios individuales depende de hechos objetivos cuya totalidad nadie conoce. Se permite promover así las oportunidades, porque nadie tiene garantía de sus ingresos específicos¹⁸.

En una sociedad en la que las intenciones individuales sean necesariamente diferentes entre sí y los resultados lleguen al dirigir los esfuerzos hacia

¹⁷ Hayek achacará al cristianismo la instrumentalización de los sentimientos humanos de solidaridad y altruismo, ya que considera que es un modo de hacer una nueva religión basada en la justicia social cuando el interés de la sociedad ya no capta el ideal de una justicia extra-terrena. Véase MSJ, p. 66.

¹⁸ MSJ, pp. 143-144: “El triunfo del ideal de una justicia impersonal basada en normas formales se consiguió en una lucha constante contra aquellos sentimientos de lealtad personal que constituyen la base de una sociedad tribal, pero a los que en la Gran Sociedad no se les debe permitir que influyan sobre el uso del poder coercitivo del gobierno (...) La demanda de la ‘justicia social’ expresa, en realidad, la rebelión del espíritu tribal contra esas exigencias abstractas que son esenciales para la coherencia de una Sociedad Abierta”.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

futuros productos de intercambio, con compañeros todavía desconocidos, las normas de recta conducta irán tomando el lugar de comunes fines particulares y serán consideradas como lo que realmente funda, en el orden social, la paz. Esta interacción entre los individuos llega a ser un juego, porque lo que se exige a cada uno es el cumplimiento de las reglas del juego y no un resultado particular. Las reglas se irán desarrollando gradualmente conforme hagan al juego más efectivo. Esto es lo que ocurrió con el derecho de propiedad y el contrato¹⁹.

Hayek afirma también que es verdad que la civilización creció, no porque prevaleciera lo que el hombre pensara que iba a ser más exitoso, sino por el crecimiento de lo que fue una vez hecho así, y que, precisamente porque él no lo había entendido, llevaba al hombre más allá de lo que jamás habría concebido. Su argumento es que hemos llegado a la sociedad actual por un proceso de selección cultural en el que construimos mejor de lo que entendemos; lo que nosotros llamamos “nuestra inteligencia” ha sido configurada, junto con las instituciones, por un proceso de prueba y error. Algunos han llamado a esta teoría “darwinismo social”, pero para Hayek no es así, ya que la competencia social no se basa en una selección natural –que no niega que exista– sino en una selección de instituciones culturales: ha sido por esa selección por lo que hemos pasado de unos instintos primitivos a la sociedad de hombres libres²⁰.

La idea que subyace al concepto de justicia social es que la sociedad tiene la obligación de tratar a los individuos justamente y de crear así un modelo con significación moral de la distribución de la riqueza entre los miembros que la componen. Para Hayek, la justicia social pretende lograr una distribución justa de ingresos en un mercado mediante impuestos, servicios gubernamentales y fijación de precios y tasas. Sin embargo, el intento de aplicar una justicia de este tipo nos conducirá –según él– a un totalitarismo, ya que no es posible que exista un orden de acuerdo –basado en la libertad– cuando se impone un modelo distributivo²¹.

El orden social sólo es posible porque los individuos actúan de forma a veces predecible con respecto a otros, saben a qué atenerse porque las normas

¹⁹ Véase MSJ, p. 165.

²⁰ Véase NS, p. 68.

²¹ Hayek habla indistintamente de justicia social y distributiva, ya que ambas se refieren al trato que la sociedad otorga a cada uno de los individuos o grupos que la integran. Para él ninguna de las dos tiene sentido aplicada a los resultados de un orden de mercado, pues no puede haber justicia distributiva donde nadie distribuye.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

han delimitado claramente su ámbito de actuación y pueden así crearse expectativas razonables de lo que pueden hacer, y los grupos que tienen las normas personales de conducta más efectivas sobreviven y se expanden más fácilmente que los demás. Pero por mucho que se observen las normas, no se puede saber el avance social, igual que no se saben los ganadores de un juego por el cumplimiento de las reglas. La sociedad es un fenómeno complejo y los individuos que la componen también lo son; no se puede saber cómo algunos actos individuales serán valorados en el mercado, y por ello los resultados son impredecibles.

En definitiva, en lo que está insistiendo Hayek una y otra vez es en que los principios relativos a la justicia generan una serie de condiciones que hay que imponer a las instituciones y a la colectividad, con el fin de que sean respaldadas por la gente. Si estas condiciones fueran satisfechas, el resultado, sea el que sea, será considerado justo, o por lo menos no injusto, y todo ello antes de establecer una determinada distribución, o de inclinarnos por un concreto sistema social.

Es decir, la justicia es, para Hayek, simplemente un atributo del comportamiento humano, aunque se exija que lo observe una colectividad con objeto de asegurar la formación y el mantenimiento de un orden social eficaz. Por eso no se puede predicar de cualquier realidad que no haya sido realizada deliberadamente. Por otra parte, sabemos que esta justicia, una vez asumida, tiene consecuencias que afectan a terceros, por lo que también exige normas que respeten sus intereses. Este respeto, para Hayek, no tiene nada que ver con el modo en que el proceso de mercado reparte los beneficios entre los individuos, ya que se trata de efectos que nadie tenía previstos y que dependen de una multitud de circunstancias que nadie puede aprehender.

III. 1. *El modo de aprovechar los fracasos. El feed-back*

En *New Studies*²² Hayek afirma que, aunque no sea fácilmente comprensible, podemos utilizar información más relevante cuando nuestra remuneración se ha producido dependiendo indirectamente de circunstancias que no conocemos. En lenguaje cibernético a este modo de actuar se le llama *feed-back*, porque permite asegurar la autoregeneración. Esto es así porque el juego de la catalaxia prescinde de la concepción humana de lo que es oportuno para cada uno y recompensa de acuerdo al éxito del juego, lo que produce una gran

²² Véase NS, p. 66.

cantidad de resultados eficientes que ninguna mente humana podría haber previsto²³.

El juego de la catalaxia muestra un método para conseguir beneficios en el que el individuo logra más si, respetando las normas convencionales, lucha por su propio interés –que no tiene por qué ser necesariamente egoísta.

La mecánica del *feed-back* es un proceso de adaptación constante a las circunstancias mutables y esto obliga –a pesar de lo duro que pueda parecer– a que incluso el mantenimiento del nivel de vida dependa de que algunos sean conscientes de la desorientación de sus esfuerzos hacia un determinado sector y decidan enfocarlos hacia otros. Esta mecánica posibilita en algunos casos que la realidad evolucione mejor de lo que se esperaba, y que ante escasos ingresos se tenga un beneficio mucho mayor del que cabía esperar.

III. 2. ANÁLISIS DE LOS SUPUESTOS

III. 2. 1. Distinción entre sometimiento de normas abstractas y búsqueda de fines

Sabemos que, para Hayek, la humanidad ha desarrollado normas de comportamiento no porque sean conocidas todas las consecuencias de un acto particular concreto, sino precisamente porque no lo son ni lo pueden ser. Para él este será el rasgo más característico tanto de la moral como del derecho: abarcar un conjunto de preceptos que han de ser obedecidos con independencia de los resultados que produzcan. De hecho, para el sistema que propone, las normas sólo tienen sentido en un contexto en el que los resultados se desconocen; en el supuesto contrario carecerían de importancia. Además gozan de una característica también fundamental para entender su crítica a la justicia social: son abstractas²⁴.

El punto principal que Hayek quiere recalcar cuando habla de “primacía de lo abstracto” en las normas es que un organismo tiene como característica fundamental la capacidad para gobernar sus acciones por unas normas que deciden las propiedades de sus movimientos; es en este sentido en el que se puede decir que las acciones han sido gobernadas por categorías abstractas mucho antes de que los procesos mentales fueran conscientes.

²³ El concepto que A. Smith tiene de “mano invisible” es sinónimo del que aquí Hayek llama catalaxia, o proceso espontáneo de mercado. Ambos entienden con ellos el modo en que cada ser humano contribuye al logro de finalidades que no estaba en su ánimo colmar. Véase Smith, A. [1759 (1997)] y RO, p. 81; MSJ, p. 71 y p. 145.

²⁴ Véase NS, pp. 35-36.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

Se deriva también del alcance limitado de nuestra experiencia y de nuestro conocimiento. Cuando una persona o un grupo desarrolla nuevas capacidades para la acción es la experiencia la que las va seleccionando, y confirma aquéllas que son útiles como adaptaciones a las características típicas del medio. Cada organismo es capaz de variedades de acciones cada vez mayores, y va aprendiendo a seleccionar entre ellas las que facilitan la supervivencia de la especie, mientras que otras la prohíben o la limitan, y todo ello sin llegar a conocer por completo el alcance que va a tener esa selección o tal limitación²⁵.

Parece que, gracias al sometimiento a estas normas abstractas, es posible proponerse una multiplicidad de fines distintos entre sí. Pero Hayek no sólo quiere defender esto; quiere llegar más lejos. Gracias a ellas es posible no proponer fines a la sociedad: cuanto más grande es el conjunto de miembros que integran una sociedad más general tiene que ser el contenido de las normas y más innecesario –e incluso dañino– resulta proponer fines concretos o globales, ya que se ignora el alcance que sus efectos y consecuencias van a tener sobre los distintos miembros. De ahí su crítica a todo intento de distribución propuesta como meta.

Los fines apuntan al logro de resultados concretos o previstos y, junto con las circunstancias conocidas por quien es sujeto activo o pasivo del mandato, determinan un acto específico. Una norma, por el contrario, se refiere a un conjunto desconocido de futuras instancias y a los actos de un indeterminado número de personas. Sin embargo, la observación de normas y la adhesión a valores comunes puede asegurar la implantación de un comportamiento en el que concurren determinados atributos abstractos, pero sin concretar la forma particular de ese comportamiento ni tampoco cualquier otro resultado.

Sabemos que para Hayek la justicia es algo más bien genérico o, como él dice, “abstracto”, porque las normas abstractas de conducta permiten el mantenimiento del bienestar social sin necesidad de someterse a intereses particulares. Por otro lado, sólo suscitan problemas de justicia aquellos aspectos del comportamiento humano que son susceptibles de quedar sometidos a normas de justa conducta, por tanto termina concluyendo que la justicia puede considerarse únicamente un atributo del comportamiento humano²⁶.

²⁵ Véase MSJ, p. 14 y ss.

²⁶ MSJ, p. 33: “Hablar de justicia implica siempre que alguna o algunas personas deben o no realizar algo; obligaciones que, a su vez, presuponen el reconocimiento de unas normas definidoras de un conjunto de circunstancias con respecto a las cuales se prohíbe o impone un determinado tipo de comportamiento. Ya sabemos que el respeto a una norma no significa que la misma tenga que haber sido formulada expresamente. La única condición necesaria es que permita distinguir diferentes tipos de conducta, de acuerdo con lo que las gentes consideren justo o injusto”.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

III. 2. 2. El valor de las actividades de mercado. La admisión de las normas. Irrelevancia de una distribución

En este punto se van a analizar los atributos propios del sistema de mercado y la naturaleza de los beneficios y actividades que se dan en él. De ahí se deducirá que la admisión de las normas en un sistema de este tipo se da, en gran parte, por motivos empíricos.

Hayek piensa que la noción de bien común ha sido para muchos difícil de precisar, y en muchos casos ha sido identificada con los intereses particulares de la clase dominante. La principal razón de que esto se haya pensado así es que es lógico que el interés público debiera, en cierto sentido, ser la suma de los intereses privados, a los que juzga imposibles de aglutinar entre sí²⁷.

Sin embargo, siguiendo su planteamiento, el bien común en la Gran Sociedad no puede consistir en la satisfacción de un conjunto de apetencias particulares, por la sencilla razón de que ni éstas ni las circunstancias que las determinan pueden ser conocidas por nadie. Por eso, la meta a conseguir no puede ser el proporcionar la satisfacción directa de las necesidades personales, sino la creación de un conjunto de condiciones de acuerdo con las cuales los individuos puedan intentar conseguirlas.

Podríamos preguntarnos si las normas de conducta promotoras del bienestar general apuntan a un conjunto de resultados particulares o simplemente afianzan las condiciones. Nos queda claro que tiene que ser lo segundo; por un lado, porque quien tiene autoridad para exigir que se respeten esas normas desconoce las metas perseguidas por los diferentes individuos; también porque, como hemos visto, no se puede identificar el interés general con la idea de que todo deseo particular debe verse satisfecho; y, por último, porque la misma experiencia de la Gran Sociedad exige la constante frustración de ciertos esfuerzos humanos realizados libremente.

Es decir, lo que en nuestra sociedad produce paz y armonía es la circunstancia de que los individuos no se vean obligados a pactar en cuanto a los fines, en cambio, la discordia aparecería en cuanto se intentara llegar a un acuerdo sobre la relativa importancia de los objetivos. Cuando damos consentimiento a una norma no pretendemos con ello que todo el mundo salga beneficiado, sino que el método propuesto ofrezca mejores oportunidades sobre la base de nuestros conocimientos y experiencias, aunque siempre haya quien salga mejor parado.

²⁷ El cap. VII de Law, *Legislation and Liberty* trata exclusivamente de este tema: qué significa el interés de la comunidad y hasta qué punto se puede identificar con la suma de intereses de sus miembros.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

La importancia que para el recto funcionamiento del mercado tienen los ingresos percibidos no deriva de los efectos que éstos puedan tener sobre quienes los han percibido, sino del hecho de que puedan servir como indicadores del esfuerzo productivo. Es decir, no se trata de recompensar a alguien por lo que ha hecho, sino que se descubra lo que hay que hacer en la siguiente concatenación de acontecimientos para beneficio propio y de la colectividad. Por eso no se recompensa proporcionalmente al mérito, ya que éste es el mejor modo de incrementar las iniciativas hacia el beneficio de todos²⁸.

En un orden espontáneo de mercado, el individuo tiene derecho a hacer su vida en la medida en que acepte que su remuneración esté en función del valor que los demás dan a sus servicios. La recompensa es generada no por la necesidad o el mérito, ni por las buenas intenciones o las necesidades sentidas, sino por el servicio prestado –con independencia de otras motivaciones.

IV. ÉTICA, ECONOMÍA Y DIGNIDAD DEL HOMBRE

Se pretende analizar aquí, en primer lugar, el esquema normativo en Hayek, ya que tiene como fundamento último, más que la dignidad y realidad del hombre, la eficacia de las normas en el orden de mercado, evitando en lo máximo posible los conflictos. A continuación se procederá a su crítica.

Se establecerá después una cierta analogía entre el individualismo hayekiano y la programación socialista. En el fondo de ambos sistemas hay un individualismo, porque ninguno termina de entender que el hombre es por naturaleza un ser social y libre, responsable de sus actuaciones, pero necesitado de los demás para su perfección. El concepto de libertad para ambos sistemas es el límite con la libertad de los demás.

La intención de Hayek, al querer establecer un esquema normativo que delimite la justa conducta, es digna de encomio. Su propósito es salir al paso de aquéllos que defienden como norma suprema del mercado exclusivamente la ley de la oferta y la demanda. Pero, como se verá, no termina de resolverlo.

IV. 1. Ética o eficacia de las normas abstractas de conducta

A juicio de Hayek, tanto el bien común como la armonía social o el orden, en un sistema libre de mercado, son un resultado pero no algo que se pueda tener en cuenta para un fin ético, ya que se producen indirectamente

²⁸ Véase CL, pp. 93-94.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

tras la búsqueda de los bienes particulares. El bien común no es cognoscible en cuanto tal ni es una noción ética, por eso juzgar desde él es nocivo para el progreso social: si existe no lo conocemos, se da por añadidura.

Hay dos instancias desde las que se podría hacer una referencia al bien común: desde la persona –que tiene en cuenta su bien privado y el bien de los demás– y también desde aquella cuya finalidad sea precisamente el bien común: el Estado. Sin embargo, para Hayek, a la persona le basta con buscar su propio interés para beneficiar, sin saberlo, al resto, mientras que el Estado es simplemente el marco que permite la espontaneidad del mercado. Excluye, en definitiva, las dos instancias, ya que ambas suponen que uno pueda proponerse la distribución como objetivo. A raíz de este rechazo critica todo planteamiento que suponga que puede existir cierto conocimiento previo de las consecuencias de nuestras actividades, y que, por tanto, permitiría construir una distribución de las riquezas determinadas: ésta se da espontáneamente en el libre juego de mercado.

Hayek critica el concepto de justicia social en los constructivismos –como él llama al socialismo– por obligar moralmente a una distribución; propone, a cambio, un sometimiento a normas abstractas de recto comportamiento.

Como señala Walker, “Hayek rechaza cualquier noción de trascendencia. La ética es completamente immanente, completamente de este mundo, resultado de un proceso de evolución cultural, no es eterno, ni inmutable, ni trascendente (...) el problema de Hayek no es que haya fenómenos cuyas causas finales y significado trasciendan la habilidad interpretativa de la razón. El punto es que la razón humana no es capaz de entender la totalidad de fenómenos racionales –incluidos los éticos– que de hecho existen. A pesar de esta humildad intelectual en su racionalismo crítico, otorga demasiada confianza a su propia razón, considerándola capaz de asumir que no hay un orden sobrenatural que podría influir o interpretar al orden natural, ya sea sobre una materia ética o de cualquier otro tipo”²⁹.

Sin embargo, a pesar de que quiere dar ciertos fundamentos sólidos objetivos a su esquema normativo, no termina de entender los juicios éticos y los confunde con el conocimiento científico o técnico; por eso, más que un esquema normativo ético defiende un esquema normativo eficaz.

Hayek pasa de un conocimiento de lo empírico –el funcionamiento del mercado, la fijación de los precios...– a un juicio ético: basta con acomodar nuestra conducta a un conjunto de normas abstractas –cuyo contenido es ge-

²⁹ Walker, G. (1986), pp. 34-36.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

neral, de modo que puedan aplicarse al mayor número de individuos— para conseguir que nuestra conducta sea justa. Estas normas han resultado ser las más eficaces para la supervivencia del grupo a lo largo de la evolución cultural a la que éste se ha sometido, y tienen en esa misma evolución su fundamento objetivo, pues no dependieron tanto de los pioneros éticos que las introdujeron como de su mantenimiento en el tiempo. Para Hayek, el carácter objetivo de las normas no se apoya en que éstas se basen en la naturaleza del ser humano o descansen en un orden eterno, sino en que son independientes, en su configuración, del comportamiento de individuos concretos.

Por otra parte, como afirma Walker en la obra citada, para Hayek nuestras creencias morales son todavía como esquizofrénicas, divididas entre instintos heredados de los tiempos primitivos y las normas de justa conducta que han hecho posible una Sociedad Abierta, precisamente porque, al tener un carácter abstracto, no establecen contenidos sino sólo condiciones y límites a la conducta externa. Para Hayek, las normas de este tipo no se pueden aplicar a casos particulares. Algunas de ellas pueden enunciarse así: “No herirás a nadie”, “el fin no justifica los medios”, “hágase la justicia aunque perezca el mundo”³⁰.

La justicia se conforma, en Hayek, a las normas de recto comportamiento, y esa conformidad resulta “buena” o “justa” para la sociedad porque permite vivir en armonía evitando los conflictos. Cuando Hayek habla de considerar los orígenes de los valores morales en general, lo que tiene en la cabeza son normas de determinadas formas externas de conducta, ya que exclusivamente se refiere a aquellas costumbres y usos relacionados con las prácticas económicas y las esferas sociales³¹.

No hay lugar para una clasificación de las normas que inspire un profundo sentido del deber. Lo importante es que Hayek se abstiene de determinados principios y normas: la honestidad, la fidelidad conyugal, o incluso más internos, como la codicia o la avaricia. Estas normas, por pertenecer al dominio particular —fruto de la libertad interior de cada uno—, no repercuten en el juego de mercado. Es como si la ética que tuviera en mente fuera simplemente aplicar aquellas situaciones que la mayoría de la gente encuentra en el trabajo y que le permiten un aumento de ingresos.

La ironía está en que sus propios supuestos le impiden proveerse de fundamentos sólidos, ya que se ve obligado a vaciar las normas morales de validez

³⁰ Véase MSJ, p. 16 y p. 19.

³¹ Véase MSJ, pp. 129-132.

absoluta, y puede darles significado sólo en relación a la evolución cultural y la preservación de la especie³².

El orden social se establece de este modo: se aceptan las normas que permiten una convivencia más pacífica o una supervivencia mayor, pero no se derivan de ninguna clase de noción trascendental. El hombre, para Hayek, es un producto cultural construido a lo largo de una lenta evolución³³.

No hay que olvidar que la principal razón del escaso contenido de las normas es gnoseológica: tenemos una incapacidad para reunir en un conjunto abarcable cuantos datos componen a la realidad que nos rodea. Y es precisamente por esta ignorancia nuestra por lo que las normas de justa conducta son atributo del comportamiento humano, porque no podemos prever las infinitas consecuencias que se derivan de nuestros actos. Por tanto, si no se nos pueden imputar moralmente porque no somos responsables, tampoco tendría sentido intentar hacerlas más justas, eso sería imposible porque se nos escapan.

Si uno de los axiomas básicos de Hayek es la imposibilidad de conocer la infinidad de datos de la realidad circundante, ¿qué es lo real? ¿Podemos conocer la realidad tal como es? En este punto denota una clara influencia del empirismo de Hume, aunque luego dé un giro para evitar que se le califique de empirista. Hume afirma no sólo que el conocimiento humano empieza con los sentidos, sino que ese conocimiento, el sensorial, es el único posible. Siendo esto así es imposible conocer las cosas en sí mismas³⁴.

Hayek no llega a hacer una afirmación tan rotunda, porque no quiere correr el riesgo de convertirse en un utilitarista o un empirista. Por eso sostiene que, aunque el conocimiento viene desvelado por los resultados del mercado, existe en las normas una inmanente exigencia por la que éstas podrán ser transformadas, en ese juego de mercado, sólo dentro de unos límites³⁵. Debido a nuestra ignorancia, no las conoceremos más que por un efecto: su permanencia a lo largo de la evolución en el tiempo. Se acerca así entonces a Kant, ya que ambos parten del exclusivo conocimiento sensorial pero luego justifican la metafísica por una exigencia superior. En Kant esa exigencia se da

³² Claramente se desprende de aquí que su concepto de ley moral rechaza cualquier interpretación de ésta como construida por una fuerza sobrenatural o una mente no humana, sin embargo, salva un posible positivismo ya que, según él, las normas se descubren precisamente a través de la supervivencia de los grupos.

³³ Véase RO, cap. I, sobre todo pp. 29-31. Explica ahí detalladamente que nuestra razón nace de la cultura y no al revés.

³⁴ Véase Fabro, C. (1965), pp. 85-95.

³⁵ Véase MSJ, pp. 50-76.

en el hombre con el problema moral; en Hayek en las normas mismas. El *apriori* kantiano en Hayek no es un principio: se da en la evolución cultural³⁶.

Las raíces de las contradicciones que hay en su sistema yacen en su deseo inconsistente de querer ser a la vez descriptivo y prescriptivo, al mismo tiempo social-naturalista y un promotor del libre mercado. Del funcionamiento aparentemente exitoso del nuevo orden de mercado deduce que, así como los sentimientos de altruismo y solidaridad caracterizaron a los grupos primitivos, ahora han ido emergiendo una serie de normas en conjunción con el desarrollo de una larga, compleja y diversificada sociedad. De este modo la Gran Sociedad del mercado liberal depende de la efectiva represión de la vieja moral y del aprendizaje de la nueva.

IV. 2. El individualismo hayekiano y la programación socialista

Para Hayek, y para el liberalismo en general, el mercado –la catalaxia– es un transmisor de información: miles de sujetos dispersos poseen numerosas piezas de conocimiento relevantes para ser capaces de tomar decisiones en la sociedad. Ese conocimiento no es consciente en muchas ocasiones y, por supuesto, nadie está en condiciones de poder afirmar cuál de todos los datos es más relevante para conseguir el éxito: éste depende no sólo de la habilidad de cada cual sino también de multitud de circunstancias aleatorias que se nos escapan. A través del mecanismo de los precios intentamos que la búsqueda de la información sea eficiente³⁷.

Existe, desde luego, un mecanismo incierto en el juego de mercado en cuanto que las instituciones de la sociedad crean condiciones socialmente más favorables y, gracias a ellas, las acciones humanas producen consecuencias también favorables para la sociedad sin ser intencionadas. Sin embargo, estas condiciones y sus respectivas consecuencias hacen referencia a lo económico: mayor eficacia en la producción o en la asignación de recursos..., no pueden implicar una visión armónica de la sociedad, como si el mercado fuera capaz de hacer bueno socialmente un efecto malo.

³⁶ No queremos detenernos en este trabajo en un análisis del empirismo de Hume ni del apriorismo kantiano, sin embargo, se ve a lo largo de la obra hayekiana un constante balanceo entre uno y otro, aunque no sea su intención hacerlos compatibles. Participa con Hume en la idea de que las relaciones humanas en la sociedad no son fruto del designio humano (véase RO, p. 22); y con Kant en la definición del carácter independiente de finalidad de las normas de recto comportamiento (véase también NS, p. 77 y Caldwell, B. (2004), p. 294, n. 6).

³⁷ Véase NS, pp. 179-182.

En el fondo, este pensamiento es un determinismo, ya que supone que los individuos y la sociedad misma están constituidos de tal manera que el libre juego de mercado puede actuar sólo en una dirección: la de la autorregulación de la oferta y la demanda. Sin embargo, el hombre no funciona en la sociedad por la simple atracción del mecanismo de los precios, es capaz de adquirir virtudes y de influir con su conducta en la de los demás. En contra de lo que tanto A. Smith como Hayek pretenden afirmar con su “mano invisible” o con la catalaxia, no basta con que los hombres actúen dentro de ellas. Si la conducta fuera totalmente egoísta, las instituciones que en ellas tienen lugar se modificarían a favor del egoísmo, lo que provocaría una ruptura en la armonía en un plazo más o menos largo. Ni la catalaxia ni la mano invisible resultan suficientes, no ya para provocar conductas éticas sino para evitar la destrucción de una sociedad que no tiene premisas morales³⁸.

Si la economía, la técnica o cualquier otra disciplina se constituyen fuera de la dignidad del hombre y del sentido del trabajo humano, son nocivas y están en el error. Las dificultades que podemos encontrar para entender el papel de la ética radican sobre todo en que los efectos de una conducta no ética no siempre son patentes a corto plazo. El análisis positivo de la economía de mercado no se ve limitado por la ética; lo que ésta limita son sus prescripciones normativas. Nada tiene que decir la ética sobre cómo conseguir más eficiencia en el mercado, pero sí tiene mucho que decir sobre el para qué de esa eficiencia y sobre su compatibilidad con los valores supremos, en definitiva, con su aportación al hombre y al fin de la sociedad.

IV. 2. 1. Primacía del bien común

Para Hayek el bien común no supone una especial situación fáctica, sino que consiste en la formación y mantenimiento de un orden abstracto que, en una sociedad libre, deja indeterminado el grado en que deben ser atendidas las diversas necesidades particulares. El ordenamiento al que se aspira es aumentar, en la medida de lo posible, las oportunidades de todos, “en general y a largo plazo”. Este bien común simplemente indica “conexiones formales”, no pretende tener un significado, ya que “el bienestar general o el bien público es considerado, en el momento presente, como un concepto demasiado recalcitrante para poder dar una definición precisa, y así, quienes le han dado algún contenido ha sido por el interés de los grupos que dan las normas”³⁹.

³⁸ Aunque Hayek no considera los móviles egoístas, al no exigir moralmente que lo sean, o mejor, al decretar su indiferencia, no puede provocar en la catalaxia ninguna conducta ética.

³⁹ Véase MSJ, p. 1.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

Además, el bien común se identifica en Hayek con un bienestar de tipo material, aunque el autor sea consciente de que, precisamente por él, el individuo puede conseguir otro tipo de valores de carácter más espiritual, pero esos no entran dentro del concepto de bien común. En la Gran Sociedad, ámbito que él propone para que los individuos puedan gozar de libertad y hacer uso de sus particulares conocimientos en pro de sus particulares fines, el bienestar común que el gobierno debe propiciar no puede consistir en la satisfacción de un conjunto de apetencias particulares, por la simple razón de que ni éstas ni las circunstancias que las determinan pueden ser conocidas por el gobierno ni por ningún otro ente. El bien común más importante es, en definitiva, proporcionar, no la satisfacción directa de las necesidades personales, sino crear condiciones según las cuales los individuos puedan ocuparse de su satisfacción⁴⁰.

A esto se añade la imposibilidad, en su orden de mercado, de proponerse fin global alguno, ya que, debido a nuestra ignorancia, no sólo es imposible aunar fines individuales de los miembros que componen nuestra sociedad en un fin común más general, sino que tampoco podemos dar a la sociedad ningún objetivo –de ahí la imposibilidad de proponerse la distribución como meta. Luego la única solución que cabe es establecer unas condiciones, las normas abstractas, que limitan la conducta, de modo que no se entre en la esfera individual del vecino y se vele por el orden social.

Limitar la teoría del bien común a su vertiente económica es un grave desconocimiento de lo que éste supone y abarca. Cuando se habla de primacía del bien común se aplica a la integridad de los aspectos que el bien de la convivencia humana supone y, entre ellos, lógicamente se sitúan los económicos. Bajo este supuesto, todos los bienes aparecen tratados desde un punto de vista ético, como bienes que perfeccionan al hombre en cuanto hombre y no bajo un punto de vista técnico, que es lo que hace Hayek cuando pretende con él conseguir “el máximo bienestar para el mayor número posible de individuos”⁴¹.

La primacía del bien común no puede ir en contra de la dignidad del hombre, porque primacía no significa exclusividad sino subordinación a él de todos los bienes privados que el hombre pueda tener, y que no perjudiquen al todo social.

⁴⁰ Véase MSJ, p. 2 y p. 85.

⁴¹ Véase CL, pp. 257-258; MSJ, pp. 1-6; IEO, pp. 92-107. Véase también Rhonheimer, M. (1997).

Por último, cuando se habla de la primacía del bien común no se quiere un pretexto para esquivar la responsabilidad de la iniciativa privada. En ningún momento se ha pretendido que el bien común evite que los hombres se comporten como tales, evitando su propia capacidad de iniciativa. Todo lo contrario. El uso de ella ha de elevarse a valores comunes que sobrepasen el interés particular de cada uno, el intento de satisfacer las necesidades individuales requiere de una coordinación que implica ya un cierto bien común. En nuestra opinión, esa coordinación no emerge espontáneamente de las mismas fuerzas del mercado, sino que, por el contrario, se debe a un esfuerzo libre y personal que, dentro de un bien privado –que quiere satisfacer–, se eleva para cooperar con el bien de todos. En este mismo sentido se entiende la función del Estado como subsidiaria para conseguir el bien común.

IV. 2. 2. La indiferencia moral de las acciones

A lo largo de la obra de Hayek se comprueba que él entiende que la economía tiene como motor las necesidades humanas. La actividad social a lo largo de la evolución cultural de los distintos grupos ha tendido a organizarse de la forma más eficaz para satisfacer sus necesidades. Lo que cabría preguntarse es si esto es una afirmación positiva o normativa. Hayek pasa de constatar un hecho empírico a un juicio ético.

La armonía de la sociedad y el bien común se aseguran, en su sistema, por el juego de mercado. Hayek no tendría inconveniente en afirmar, junto a A. Smith, que “no se espera la cena de la benevolencia del carnicero sino de la lucha por sus propios intereses”. Desde un punto de vista ético es obvio que habría que poner reparos a este modo de proceder. Por un lado porque no se puede asegurar que si una comunidad tiene su riqueza justamente distribuida eso se debe al enfrentamiento y rapacidad de algunos de sus individuos. Por otro, porque no se comprende cómo una multiplicidad de comportamientos no éticos puede alumbrar un impersonal resultado ético. Por eso parece necesario analizar la indiferencia moral de las acciones, en este caso las económicas.

Lo que se analiza en esta cuestión no es si el juego de libre mercado se realiza porque los hombres deciden colaborar entre sí para lograr llevarlo a cabo, sino cómo se tiene que realizar para que en él los hombres contribuyan a perfeccionarse, es decir, se ayuden mutuamente en el desarrollo de su propia dignidad de personas. Esta cuestión es simultáneamente ética y económica. A la primera le corresponde la ordenación del libre comportamiento de los hombres a fin de que les humanice; a la segunda le corresponde la orientación de

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

la conducta para la satisfacción de las necesidades. Ambas se unen en la conducta humana⁴².

No existen actos concretos moralmente indiferentes. Es cierto que dentro de los actos humanos existe un distinto grado de valor con respecto a la moralidad de algunos actos, pero, al mismo tiempo, la razón reconoce que un acto bueno por insignificante que sea siempre será bueno. No hay por tanto actividades meramente económicas, si por ellas se entiende que la ética no las puede juzgar de ningún modo. Si se admite la imposibilidad de una indiferencia moral en los actos humanos, no puede haber actividades económicas concretas que sean éticamente indiferentes, aunque si se toman de una manera abstracta algunas escapan al juicio moral. En estos casos la valoración ética depende de las determinadas circunstancias que acompañen a la efectiva realización de esa actividad.

Por eso, considerar que el quehacer económico posea una función propia no excluye que sea éticamente bueno o malo según los casos concretos, ni siquiera excluye la posibilidad de que éticamente se exija que la conducta humana –en la economía– sea correcta, no sólo técnica sino también moralmente. La ética no puede decirnos cómo hay que proceder económicamente, sino cómo no hay que proceder en virtud de la carga inmoral que pueda tener una acción determinada, por muy perfecta que sea técnicamente.

Esto es lo que no acaba de entender Hayek en su teoría del mercado. Las normas que regulan la actividad económica –las normas abstractas de justa conducta– limitan la conducta del individuo no para impedirle realizar actividades que le perjudiquen en su perfeccionamiento intrínseco, sino para dirigirle hacia aquellas direcciones en las que esta actividad es más eficaz por garantizar la pervivencia del grupo a través del tiempo. Por otra parte, al situar toda valoración moral de la justicia en el comportamiento humano, con la exclusión –debida a nuestra ignorancia– de poder valorar éticamente la actividad realizada, se elimina toda posibilidad de relación entre la economía y la ética.

Hay que entender que, si en la actividad económica el hombre no es un valor respetado y buscado, la norma ética desaparece y no tiene sentido. La búsqueda individualista de los beneficios en la empresa olvida otros factores

⁴² El objeto de la economía que se defiende aquí no es sólo la satisfacción de las necesidades del hombre, sino que supone también el esfuerzo que el hombre tiene que hacer para ser lujoso en sus aspiraciones. No es que el hombre haya tenido que aspirar a ser lujoso además de sus necesidades naturales, sino que ha aspirado siempre a ser lujoso en la misma satisfacción de sus necesidades naturales. Es en buena medida el lujo lo que hace al hombre económico, y la denominada “escasez de medios” no es más que su expresión negativa.

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

humanos que resultan a la larga mucho más esenciales. El beneficio puede ser índice de la buena marcha de la empresa, pero no excluye que éste sea acorde con la dignidad de la persona⁴³. Las dificultades lógicas que se pueden encontrar para una adecuada comprensión de este papel de la ética se encuentran en que los efectos de una conducta no ética no siempre están claros a corto plazo.

La economía en Hayek tiene posibilidades infinitas, pero no tiene ningún criterio para señalar cuáles, entre ellas, son verdaderamente humanas. Y sigue diciendo que aun siendo el hombre dueño de su acción no lo es de las consecuencias de ésta. Es decir, aunque hay necesidad de prever algunas de ellas no hay que hacerlo con todas. Frente a un dominio de la historia que Hayek considera propio de los colectivismos o constructivismos, afirma una incapacidad en el entendimiento humano de poder comprender y aprehender la totalidad de efectos que se siguen de nuestras acciones. Sin embargo, olvida que, precisamente por no ser el hombre dueño de su historia, ha de esforzarse en mejorar la calidad técnica de su trabajo y encaminarlo al bien del hombre, de modo que pueda dejar a la historia un patrimonio mayor del que él recibió. No basta entonces con una ética de buenas intenciones, tiene que ir acompañada de un esfuerzo efectivo por mejorar la calidad del trabajo; si no, no es tal ética de buenas intenciones.

En el caso de los colectivismos se llega a considerar el trabajo como una simple fuerza productiva que se quiere concentrar en una única instancia de decisión; en el segundo caso, el individualismo, se da lugar al consumismo que convive con un hombre vacío de ideales. En ambos casos se olvida que el fruto del trabajo –en este caso el económico– no sólo es el producto, sino la repercusión en el hombre que lo realiza, de tal modo que puede aumentar con él su perfección humana.

V. CONCLUSIÓN

Después de este análisis se pueden plantear dos preguntas. La primera es si las normas de conducta que Hayek propone, normas que se refieren sobre todo a actos externos y que en buena medida dejan hacer libremente al juego de mercado en una sociedad abierta y plural como la que vivimos, son realmente una cuestión de marketing o responden a una convicción profunda arraigada en algo inamovible. Ya se ha visto que para Hayek no son inmutables y dependen del éxito alcanzado.

⁴³ Véase *Centesimus annus*, 35.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

Es bueno tomar conciencia de que en la sociedad que vivimos el pluralismo tiene un precio. El precio que postula el pluralismo total es demasiado elevado: las normas no se pueden limitar a no hacer imposible la convivencia entre los hombres. Es evidente que la ética vende, no repele y genera buena reputación pero, como bien dice A. Cortina, es precisamente por eso por lo que puede manipularse y quedarse sólo en la apariencia de una buena actuación que funcione como reclamo⁴⁴. Al mismo tiempo, esa ética tiene que fundarse no sólo en los valores fundamentales que tiene la comunidad, sino en algo que tenga cierto carácter de absoluto, como es la propia dignidad del hombre y, por ejemplo, su derecho a vivir en paz en comunidad. En este mismo sentido, Spaemann afirma que la base de los valores de un ordenamiento jurídico moderno exige que los derechos de los ciudadanos, o de un grupo de ciudadanos, no dependa del hecho de que compartan esa base de valores y obedezcan las leyes. Se tienen que obedecer, pero no por pertenecer a su comunidad de valores, sino porque uno conoce el valor de la paz interna⁴⁵. Es decir, un tema que queda abierto y pendiente de abordar es el de los morales absolutos, también llamados valores supremos, sin los que se hace muy difícil no hacer una ética de conveniencia o de consenso.

La segunda cuestión es si la justicia se puede plantear como objetivo o si, como afirma Hayek, basta con buscar el propio beneficio para ayudar, sin saberlo, al resto. Hayek llega a justificar que el Estado ofrezca una red de seguridad para aquellos que no pueden valerse por sí mismos, pero siempre dentro del contexto de la necesidad de ayudar en la pervivencia del grupo: no se deriva de una noción trascendental del concepto de justicia o de naturaleza del ser humano.

Y, sin embargo, parece más bien que la ética de mercado tiene que ver también con la justicia, con ese percatarse de que cualquiera que resulte afectado por una actividad social tiene que ser tenido en cuenta al tomar las decisiones que le afectan. Hay una obligación moral con todos los afectados que una organización no debe eludir.

La justicia es la voluntad determinada y constante de dar a cada uno lo suyo, lo que le corresponde. Pero por más que nuestra razón tenga como objeto el bien del otro, supera la proporción de la voluntad porque aquello a lo que la voluntad tiende es a su propio bien. No se está diciendo que el hombre sea un egoísta por naturaleza, sino que hay principios racionales de la justicia

⁴⁴ Véase Cortina, A. (2005).

⁴⁵ Véase Spaemann, R. (2004).

PAZ MOLERO HERNÁNDEZ

que no necesitan el apoyo de las virtudes, por ejemplo, la llamada “regla de oro”: haz a los demás lo que te gustaría que ellos te hicieran a ti. Hayek lo llama instinto moral. Por decirlo de otro modo, existe una solidaridad entre los hombres que sólo puede ser destruida por el apartamiento de la justicia. Pero como el hombre se dirige a su propio bien con más fuerza que al bien ajeno, el problema se plantea en el nivel de los hábitos. Es el hábito de la justicia el que permitirá dar a la voluntad ese tender al bien de los demás con la misma determinación que al propio. Es una asignatura pendiente en nuestra sociedad la formación en virtudes a través del trabajo y el quehacer cotidiano. Es en ese ámbito de actividades donde se generan situaciones de justicia, o de injusticia.

Esto permitiría una relación con los demás hombres a través del trabajo que no busque servirse de ellos como medio para su ganancia, sino servirles. Y, por eso, podemos decir que cuando la relación entre los hombres no es libertad-deseo sino libertad-amor las cosas se “complican”. No es simplemente buscar la satisfacción de lo que se necesita o se quiere, sino que está por medio también la dignidad y la perfección de los demás. Uno se da desinteresadamente en esas relaciones, sabiendo que la felicidad vendrá a manera de regalo⁴⁶.

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.

Boettke, Peter J. (2006), *Hayek and Market Socialism*, en Feser, Edward (ed.), *The Cambridge Companion to Hayek*, Cambridge University Press, Cambridge, MA.

Butler, Eamonn (1985), *Hayek, his Contribution to the Political and Economic Thought of our Time*, Universe Books, Nueva York.

Caldwell, Bruce (2004), *Hayek's Challenge, An Intellectual Biography*, The University of Chicago Press, Chicago, IL.

Cortina, Adela (2005), “Ética de la empresa, no sólo responsabilidad social”, *El País*, 27 de agosto.

Fabro, Cornelio (1965), *Historia de la filosofía*, Rialp, Madrid-México.

Hayek, Friedrich A. (1948), *Individualism and Economic Order*, University of Chicago Press, Chicago, IL.

⁴⁶ Véase Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, IX, 9.

LA JUSTIFICACIÓN DE LAS NORMAS DE CONDUCTA EN LA ÉTICA DE MERCADO EN F.A. HAYEK

- Hayek, Friedrich A. (1948), *Rules and Order*, University of Chicago Press, Chicago, IL.
- Hayek, Friedrich A. (1960), *The Constitution of Liberty*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- Hayek, Friedrich A. (1976), *The Mirage of Social Justice*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- Hayek, Friedrich A. (1979), *The Political Order of a Free People*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- Hayek, Friedrich A. (1979), *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- Hayek, Friedrich A. (1979), *The Counter Revolution of Science*, Liberty Press, Indianápolis, IN.
- Hoy, Calvin M. (1984), *A Philosophy of Individual Freedom. The Political Thought of F.A. Hayek*, Greenwood Press, Westport-Connecticut.
- Huerta de Soto, Jesús (2006), *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, Unión Editorial, Madrid.
- Juan Pablo II, *Centesimus annus*.
- O'Hear, Anthony (2006), *Hayek and Popper: the road to serfdom and the open society*, en Feser, Edward (ed.), *The Cambridge Companion to Hayek*, Cambridge University Press, Cambridge, MA.
- Popper, Karl (1948), *The Open Society and its Enemies*, Routledge, Londres.
- Rhonheimer, Martin (1997), "Lo Stato costituzionale democratico e il bene comune", *Rivista di filosofia tomista e contemporanea*, pp. 57-122.
- Smith, Adam [1759 (1997)], *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza, Madrid.
- Spaemann, Robert (2004), *Europa: comunidad de valores u ordenamiento jurídico*, Fundación Iberdrola, Madrid.
- Walker, Graham (1986), *The Ethics of F.A. Hayek*, University Press of America, Lanham, MD.

